

Tejiendo palabras, tejiendo caminos.

Xóchitl Tavera Cervantes

Cuatro generaciones

En mi historia de vida, las mujeres siempre han tenido un papel protagónico que hasta ahora no ha podido ser cambiado. Cuando era más joven, mi madre y mi tía se encargaban de repetirlo hasta el cansancio “venimos de un matriarcado muy fuerte”. En ese momento me parecían palabras un poco vacías, en primer lugar, porque siempre que la frase salía a la luz, era a la mitad de algún regaño, ¡A saber por qué! Y luego, recuerdo vagamente que siempre había algún dejo de resentimiento contra algún personaje de sexo masculino que rondaba nuestras vidas: mi abuelo, con el que mi mamá seguía trabando conflictos después de morir, mi papá, la pareja de mi tía y desde luego, para rematar con la cereza del pastel, algún chico con el que me hubiera interesado salir.

Viéndolo en retrospectiva, a veces hasta me da la impresión de que ese *matriarcado*, era en cierto sentido un concepto mal entendido por las mujeres de mi familia, sobre todo porque en aquel entonces, yo soñaba en convertir todo aquello que me parecía negativo o “fuera de lo normal” en algo distinto cuando yo creciera. Por ejemplo, el hecho de que mis papás vivieran, sin explicación aparente, en casas distintas. No había separación, ni divorcio, ni nada. Eran una pareja que había elegido vivir cada uno por su cuenta con todas las consecuencias (y la serie de mentiras que fui obligada a contar) para salvar la imagen que de nosotros como familia pudieran tener afuera.

No obstante y sin desviarme mucho del tema inicial, decidí retomar la frase del matriarcado porque creo que es hasta este momento que puedo entenderla desde mi propia construcción de vida y no como en su momento se me pretendió inculcar. Porque hoy sin problema puedo reconocer en las tres mujeres con las que pasé los primeros años de mi vida cómo es que la influencia femenina permeó en mi educación y en algunas decisiones que tomo el día de hoy. A mi abuela, por ejemplo, debo reconocerle su infinita paciencia para estar conmigo, las mañanas de la caminata para acompañarla a misa y los sándwiches de frijoles más deliciosos. A

ella puedo reconocerle su prudencia, su discreción, su sabiduría que entonces seguramente no supe distinguir, pero que hoy tanto necesito. A veces me da la impresión de que, si no hubiera muerto tan pronto en mi vida, otra cosa hubiera pasado, con sus consejos quizá otro tipo de decisiones hubiera podido tomar... pero ya no hay nada que se pueda cambiar ahora.

A mi mamá, la entiendo en su dolor inmenso. Su resentimiento, sus pérdidas. Mi mamá probablemente sí desarrolló un rechazo hacia lo masculino. Hacia la idea romántica de formar una familia, de vivir en pareja. Ella decidió siempre que lo que ocurriera pasara en sus propios términos y no reparó en el dolor que pudo causarnos a todos a su alrededor. Pienso en mi papá y en mi tía que tuvieron que aguantar mucho más que yo el veneno que necesitaba escupir para liberarse y que terminó enquistándosele en un cáncer (claro, porque esta idea no me deja en paz y no dejo de sentir que todo su miedo y su angustia y su rabia se congelaron en su cuerpo para siempre).

Pero al aproximarme a ella desde esta frase, entiendo sobre todo su concepto mal entendido y aplicado de un feminismo del que se apropió con sus propias reglas. Al final, creo que eso es lo que terminamos haciendo todas cuando nos empezamos a concebir en la realidad como mujeres: hacemos una reinterpretación de ello a partir de nuestro contexto de vida y por ello nos identificamos con ciertas causas por encima de otras. El problema con mi mamá, creo, es que optó por una postura radical en la que -y esto es verdaderamente una confesión- a veces parecía que la única utilidad que le veía a un hombre era permitirle a una mujer tener un hijo, cosa que para ella era el sueño de vida y la ilusión más grande que DEBÍAMOS tener. Recuerdo vagamente haber mencionado algo así sobre mi papá, pero más claramente cuando nació mi prima (que en mi corazón en realidad es mi hermana pequeña), pues una vez que los problemas se desataron en su casa, mi mamá le repetía a mi tía gran cantidad de veces cómo es que había que agradecerle que lo único que había aportado era la otra parte para concebir a su hija.

Y hablando precisamente sobre esta otra historia, mi tía, que además tiene una historia de vida muy particular, no es realmente mi tía. Era ahijada de mi abuela. Se la trajo a vivir a la ciudad desde muy pequeña y se encargó de educarla y de

enseñarle todo lo que sabía. Entre mi mamá y ella, la que más sabía de todo era mi tía. Ella nació en un pueblo pequeño no muy lejos de la ciudad que estaba cerca de otra localidad donde mi abuela daba clases a niños de primaria. Eso hizo, por supuesto, que mi mamá y mi tía se criaran como hermanas y que a mí me tratara como una hija desde que nací. Le estoy muy agradecida por eso, pues a pesar de no tener ningún lazo sanguíneo tenemos todos los emocionales posibles.

Mi tía vivió siempre para atendernos a las tres y para cuidarme sobre todo a mí. Aunque es ahora ella la encargada de repetir la bendita frase del patriarcado, creo que, a pesar de cualquier defecto que pudiera tener, es un hermoso ejemplo que seguir. La forma en la que trabaja y se esfuerza, cómo es que nada se le dificulta y a todo le encuentra solución, ¡hasta la forma en que cocina! Ella tiene mucha fuerza y no sé si está al tanto de ello, no sé realmente si se da cuenta. Es tan entregada a los demás que a veces creo que termina por olvidarse de ella misma.

Con ella, más que con mi mamá, aprendí muchas cosas y entré mucho más en confianza. Porque al final, con mi mamá pasé menos tiempo: entre su trabajo al inicio, las veces que el cáncer la atacó y luego cuando falleció, me parece que el saldo es más negativo. Con mi tía las cosas son distintas y sé hoy por hoy que cuento absolutamente con ella para todo. Me siento mucho más en compañía con ella y entiendo mejor la lucha de las tres a través de lo que ella me representa.

Lo más bonito de la historia es que luego llegó mi hermana pequeña, la hija de mi tía. Fui muy feliz de saber que sería mujer cuando estaba en la panza de su mamá porque anhelaba tener una hermana pequeña, pero ahora que la veo crecer, entiendo que tengo una responsabilidad enorme de sanarle a ella las heridas de todas nosotras. Es muy gratificante pero también aterrador, pensar en ser el ejemplo y la guía de una chica -que además este año cumple la edad que tenía yo cuando perdí a mi mamá- y aunque no es mi hija, pero ante la cual siento esta necesidad inmensa de cuidado y protección.

Mi reto, creo yo, está en sintetizar aquellas cosas positivas de las mujeres que nos precedieron y decirle aquellas cosas que no están bien para que por lo menos pueda escucharlas y reinterpretar ella misma sus versiones. Es una chica inteligente, pero

quiero aprovechar que, a diferencia de mí, ella sí tiene a alguien mucho más cercana a su edad que le puede ayudar a poner las cosas en perspectiva.

No es nada sencillo y menos por su adolescencia efervescente, pero me alegra que mi recorrido me permita hacer un pequeño ensayo con mi hermana pequeña y me alegra también que ella misma sea consciente de que también desea ser escuchada. Nos quedaremos solo ella y yo y para tal efecto, debo estar a la altura. Aquí se prueban todos los conocimientos previos, sin la obligación de llevar cargando conmigo (ni transmitirle) aquellos que nos hacen pelear contra el mundo o contra los hombres. Somos equipo. Debo enseñarla a hacer equipo.

Ecos de vida

Los ecos de la vida no siempre resultan tan visibles cuando ocurren. A veces, creo, se puede tardar años en entender el reflejo de lo que representan en nuestras vidas e incluso creo que hay quien puede pasar toda la vida sin lograr escucharlos. Para mí que en realidad en términos estrictos soy hija única, me parece que este encuentro ha tardado en hacerse presente en mi vida.

Pero si lo pienso (o mejor dicho, si lo siento con el corazón), creo que puedo encontrar en mi vida dos ecos muy grandes: el primero, mi abuela materna. El segundo, mi grupo de amigas.

En el caso de mi abuela, la historia es sencilla: mi mamá trabajaba, mi tía igual y mi papá no vivía en nuestra casa. Eso hizo que la primera parte de mi infancia la pasara a su cuidado, hasta que ella falleció cuando tenía solo seis años.

De ella recuerdo muchísimas cosas, aunque el tiempo que pasamos haya sido muy breve. Por ejemplo, tengo muy presente que varias veces entre semana íbamos a misa. Recuerdo muchísimo su manera de tomarme la mano y el camino que seguíamos a la iglesia que está cerca de mi casa. No puedo recordar las ceremonias en sí, pero tengo realmente impresas en mi memoria las caminatas que tomábamos para ir hacia allá. Puedo visualizarme claramente con mi corte de cabello al puro estilo hongo, los brincos que solía dar en la calle mientras me tomaba de la mano y

un leve rumor indistinguible de su voz y la mía conversando mientras ocurría el paseo.

Hasta ese momento, la figura de mi abuela la había construido desde lo mítico. En ella depositaba todo el amor que percibía que el resto de los adultos no me daban. Y no porque en realidad no lo sintieran por mí, sino porque yo en este punto, ya tenía muy asociado que la persona que se dedicaba plenamente a mí era ella y, por ende, su forma de relacionarse conmigo era especial y diferente a las demás. Es curioso cómo uno llega a idealizar a las personas con tan pocos elementos, aunque en este caso, mis presentimientos me indican que nada de esto que llegué a sentir es infundado.

Con los años, la construcción de su imagen fue cambiando con muchos añadidos y piezas que la fueron convirtiendo en un ser cada vez más especial. A través de mis tíos -sus hijos y sobrinos-, mis papás y otras personas que la conocieron en vida, fui reconociéndola como una mujer entregada, dedicada, noble, amorosa y maravillosa. Todo cuanto he escuchado de ella han sido las mejores palabras y han reconocido en ella a una gran mujer, que para mí se ha convertido en un referente familiar y cercano que tengo presente siempre.

Unos años más tarde (creo que incluso fue el año anterior), encontré entre la limpieza vacacional que suelo hacer, su trabajo de titulación de la carrera. Resulta ser que estudió para ser profesora de primaria ¡por correspondencia! y lo que tengo yo aquí es una especie de tesina que le valió para obtener el grado. Si bien yo siempre supe y estuve al tanto de su profesión, nunca me había detenido a pensar en el camino que recorrió para llegar ahí y su trabajo de titulación fue un elemento clave para comprender esta parte de su vida.

El documento es pulcro por decir lo menos. Escrito a máquina, con hojas de papel cebolla, una ortografía indiscutible e incluso fotografías en blanco y negro y planos hechos por ella misma, la “tesis” cuenta su experiencia como profesora en la localidad de El Correo. Explica las actividades que realizó, lo que logró construir (literal y metafóricamente) ayudada por los padres de familia y en general su experiencia como maestra de este lugar y lo mucho que aprendió estando ahí, entre muchas otras cosas.

Cuando la terminé de leer, de repente sentí cómo tanta información que recibí de toda la vida tenía lógica y sentido. Por ejemplo, la trabajadora del hogar que me apoyaba y que ya es una señora mayor, llegó conmigo porque ya nos conocía desde antes... mi abuela había sido su maestra, la había enseñado a leer y a escribir y en alguna fiesta del pueblo, había conocido también a mi mamá y a mis tíos. Ella, de alguna forma, me ubicaba a la perfección (por lo menos por referencias) y accedió con mucho gusto a venir a trabajar aquí conmigo por el cariño y la estima que le tenía a mi abuela. Cuando recién llegó, fue de lo primero de lo que hablamos: de lo agradecida que estaba con ella por tanto. Y así como esta historia hay muchas: el mito de “la maestra Caro” que escuché toda mi vida, ya no era una historia abstracta (que no falsa o imprecisa) y ya tenía yo una serie de pruebas tangibles que me permitieron conocerla mucho mejor, aun después de no tenerla físicamente conmigo.

Para mí, mi abuela es un eco porque es mi referente máximo para lo que ahora hago. Aunque no seré como ella porque las tablas me faltan, me identifiqué con ella en algunas cosas, me enorgullecí de su disciplina en el trabajo (que constaté en su tesina) y me proyecté un poco en la historia, pues yo hice también mi primera maestría en línea. No sería por correspondencia como en su caso, pero las dos hicimos valer la distancia como provecho personal. Qué curiosidad, con tantos años de separación, pero qué belleza haberme encontrado en esta raíz de tan profundas semillas.

Y en cuanto a los otros ecos, este caso me resulta simpático y particular. Yo tenía seis amigas, las cuales no pertenecen a ningún círculo común. Sin ahondar mucho en cómo nos conocimos, lo cierto es que a todas estas chicas las conocí en escenarios diversos y aunque saben de la existencia de las otras, realmente no formamos parte de un grupo “tradicional” de amigas. Digamos que conviví con ellas por separado y en alguna que otra reunión llegamos a coincidir. No obstante e independientemente de esta aparente separación, las elegí como ecos porque creo que el que nuestra amistad haya durado tantísimo tiempo (con la que más tengo relación son 28 años y con la que menos son 10) tiene que ver con que hicimos de

la sororidad un concepto propio, mucho antes de saber cómo se llamaba esta solidaridad.

De mis amigas admiro muchísimas cosas: sus trabajos, sus logros, su forma de ser, sus luchas, sus problemas resueltos, sus formas de ver la vida. A todas les cuento lo que me pasa y todas ellas me dan diferentes perspectivas que terminan dándome un panorama completo de lo que puedo hacer y cómo puedo sentirme. Me ayudan, creo yo, a armar un rompecabezas a través de lo que sus ojos ven. Para mí es igual de importante la opinión y lo que cada una puede decirme sobre lo que ocurre en mi vida, en sus vidas y en el mundo en general. No siempre están de mi lado, a veces han tenido que recurrir a actos radicales como llamarme la atención, enviarme un correo sentido e incluso dejarme de hablar un tiempo, pero han sido a la larga, medidas necesarias para mejorar y avanzar en nuestra relación. Son mujeres extraordinarias y me considero muy afortunada de estar creciendo con ellas, de sentirme apoyada y respaldada por ellas, de tener hombros dónde llorar, abrazos que recibir y dar y tener esta compañía en las metas que cada una se ha fijado.

Quizá no es el grupo que yo soñé de amigas inseparables que hacen todo juntas y que formé en mi mente influida por tantas series y películas que he visto, pero jamás me he sentido sola o sin respaldo de su parte, aun cuando la distancia y el silencio han tenido que imperar entre nosotras. Creo que son un eco poderoso en mi vida, no porque seamos parecidas -que lo somos en muchas cosas-, sino precisamente por la diversidad de visiones que me nutren a mí como persona y me hacen tratar de plantearme las cosas diferentes. Siento que esta fortuna, no necesariamente la tienen todas las personas que consideran homogéneo y unido a su grupo de amigos, así que, con ello en mente, agradezco mucho el amor y la paciencia con la que se han mantenido a mi lado.

Los ecos llegan en diferentes formas, se manifiestan a distintos tiempos. El truco, creo, es no dejarse llevar mucho por el ruido que hacen cosas como las expectativas, el desconocimiento o los falsos referentes. En el silencio (pactado o necesario), se reconoce mejor el sonido espejo que nos alimenta y nos hace quienes somos.

En la punta de la lengua

A mí las palabras me han acompañado desde siempre. Vivir con ellas y para ellas ha sido una parte fundamental de mi vida desde que tuve oportunidad de escribir, pero luego cuando tuve oportunidad de elegir mi carrera, también me incliné por una que me permitía seguir apropiándome de ellas y trabajando de maneras diversas a través de su conducto.

A pesar de eso, creo que empecé a hacerme consciente del valor que tienen en mi vida hasta mucho tiempo después, cuando alimentada por Internet, las redes sociales y la televisión, fui aprendiendo el significado de nuevas palabras, la forma en la que los conceptos de otras lenguas son aparentemente intraducibles e incluso, la maravilla sonora que encierran las palabras en alguna lengua indígena de nuestro país.

Creo que por esa misma razón me es imposible pensar en una serie específica de palabras que me representen mucho. Por ejemplo, recuerdo que mi mamá me decía que la palabra más bonita en todos los idiomas era esa: “mamá”. Lo decía siempre tajante y firme. Creo que, en su caso, el cultivar una relación tan cercana y apegada con su propia madre la hacía idealizar más la idea que realmente la palabra. No quiero decir que no me parezca una palabra bonita por lo que implica, sin embargo tengo que admitir que el hecho de haber empezado a estudiar algunos temas lingüísticos para mis clases y para mis estudios me quitó un poquito el lado romántico de algunos términos como ése y los reemplazaron sencillas explicaciones, como en este caso en que se supone que fisiológicamente, es más sencillo al empezar a hablar, pronunciar sonidos con “m” por el poco esfuerzo que implican en nuestro aparato fonológico. Es, de inicio, un poco más complicado que empezar a usar la “p”, así que es posible que, por esa razón, aprendemos “mamá” como una de nuestras primeras palabras y también es muy probable que de ahí mismo hayamos terminado por atribuir a estos sonidos tal significado en varias lenguas, vaya una a saber.

Para mí, las palabras esdrújulas son especialmente inquietantes: me gustan mucho aquellas que resultan rítmicas: “libélula”, “brújula”, “canícula”, “ósculo”, “estelífero”; también las palabras con “ñ” muy propias y típicas de nuestro español: “extraño”,

“acompañar”, “pestaña”, “castaño”. Me gustan las tropicales: “platanar”, “almendro”, “cacaotero”, “mandarino”, “limonero” y también algunas otras variadas y hasta misteriosas: “tololoche”, “mariachi”, “amuleto”, “camafeo”.

Escucharlas y leerlas me produce un inmenso gozo, es una cosa indescriptible. Es una sensación mínima pero que no tiene una comparativa con otra cosa. Creo que por eso escribir es algo muy mío. También hablar, aunque eso me cueste un poco de más trabajo. Para alguien que gusta de verlas y escucharlas todo el día y que sueña con poder vivir en algún punto estudiándolas y luego manipulándolas para crear, me parece comprensible todo esto que describo. Es, creo yo, el único tema del que no es posible que me sienta aburrida. Siempre hay algo por aprender, siempre hay algo que decir sobre las palabras y su cualidad más importante, siento, es justamente que están ahí a nuestra disposición y pueden ser acomodadas y reacomodadas en distinto orden, con distinto sentido. Pueden ser incansablemente literales o claramente metafóricas; pueden provocar sonrisas, pero también en su riesgo más íntimo, pueden causar desgracias. Estoy convencida de que muchos de los problemas a los que uno se enfrenta en la vida, obedecen a un mal uso de las palabras que tenemos a nuestra disposición. Son un bienpreciado y lo despilfarramos como si no hubiera un mañana. Lo bueno de eso es que ahí permanecen -muchas de ellas sin usarse y empolvándose en diccionarios viejos-, pero disponibles para emplearlas en diversos fines.

Las palabras pues, me producen los mayores encantos porque pueden ser grandes y redondas como “globo” y “bola” o minúsculas como “puntiagudo” o “aguja”; pueden combinarse en maravillosas formas: “ojos color cielo”, o hasta transformarse -incluso poéticamente- en seres oscuros: “corazón de tinieblas”. Son alegres como los colores “amarillo” y “anaranjado” o también tristes como “depresión”, “trastorno” o “ansiedad”.

No hemos terminado por conocer los misterios de las asociaciones entre los sonidos y los conceptos o las cosas; tampoco hemos terminado por comprender la relación entre los sonidos y las grafías, pero la verdad es que en todas las palabras que tenemos al alcance, en sus orígenes más diversos, podemos hallar algo sobre nuestro idioma y su evolución, algo sobre sus ancestros lingüísticos, alguna pista o

indicio sobre el contenido de esa palabra o la conexión y derivación que posee con otras cosas de nuestro entorno.

Alguna vez leí por ahí que el ser humano, cuando descubrió el fuego y desarrolló su pensamiento simbólico se vio en la necesidad de nombrar lo que tenía a su alrededor; que necesitaba domesticarlo, hacerlo suyo para poder vivir en él y yo creo que las palabras nos permiten justo eso, aprender a vivir en el mundo en que vivimos, nos permiten saber lo que somos dentro de él y con él; nos regala una certeza de una pertenencia que nos dejaría en el vacío si no las tuviéramos, como cuando algo se nos queda en la punta de la lengua y al no saberlo decir nos llega a desesperar. Así, para mí las palabras nos permiten hacer y deshacer. Nos permiten en esencia, ser.

La comunicación al servicio de otros

Hace unos días, una amiga me invitó a colaborar en un blog que recientemente creó y donde las que participamos, compartimos con quien nos lee, momentos que nos hicieron cambiar las que alguna vez fuimos o nos permitieron crecer y avanzar. Hay una serie de historias muy inspiradoras y me alegró mucho recibir la invitación para contribuir (aquí está el texto que aparece en ese blog: <https://bit.ly/2ZQ8zBN>), pero tardé mucho en decidir de qué escribiría hasta que una madrugada, literalmente llegó a mí la idea que necesitaba.

Retomo lo del blog porque creo que tiene muchísimo sentido con lo que pasó por mi mente mientras escribía aquel texto y porque puedo decir que estoy comenzando a percibir que sí estoy haciendo cosas positivas poniendo lo que yo conozco, al servicio de otros. No sólo de aquellos que durante seis años y medio han sido mis estudiantes, sino también de las personas con las que hemos decidido emprender proyectos y a las cuales nos hemos dedicado a atender a través de acciones concretas que no se ciñen a un salón de clases.

Al inicio de mi carrera como docente, con la juventud de 24 años a cuestas, debo reconocer que me motivó mucho que mis antiguos profesores dijeran que tenía la capacidad para dedicarme a ello y eso terminó por convencerme de tomar la primera clase que di. Me llegó mucho al ego que tuvieran un concepto tan positivo de mí y

que asociaran mi buen trabajo con una cualidad que yo pudiera reproducir en un salón de clase. Pero además de haber probado las cosas bonitas, también tuve que entrar al mundo de los sinsabores que tiene la profesión y eso tampoco ha sido un proceso fácil.

Otra cosa que pude descubrir con el paso del tiempo, es la inmensa tarea, labor y responsabilidad que un maestro tiene con sus alumnos y cómo es que por lo menos durante una, dos, tres horas a la semana, en esos momentos se asume un compromiso con quienes están ahí y por lo tanto hay que cambiar un poco la visión de estar frente a un grupo y lo que se conversa en ese tenor.

No recuerdo cuándo fue exactamente el momento, pero sí que en algún punto de mis clases, capté que mi obligación como profesora era más que simplemente transmitir los temas. Y no porque no hubiera buscado desde el inicio trabajar con ellos de manera que les resultara un aprendizaje significativo, sino porque entendí realmente la importancia de enseñarles herramientas no solo profesionales sino para la vida.

Pero cuando pienso en la idea de una ofrenda que yo haya podido compartir, me remito no solo a estos primeros años de actividad, sino también a los proyectos que desde hace un año he desarrollado con mis alumnos y que me han llevado poco a poco en pensar la inclusión como parte de un proyecto de vida más amplio, que no solo me involucra a mí, sino también a la escuela y a los estudiantes que pasan por mi aula.

A través de ese otro texto que escribí, me di cuenta de lo mucho que me ha servido haber elegido una carrera como comunicación y cómo es que pasó a ser de una expectativa de grandes corporaciones y agencias publicitarias a transformarse como una semillita pequeña que intenta que quienes están conmigo piensen las cosas de un modo diferente y que se descubran a sí mismos cambiando su rumbo o tomando consideraciones que antes no tuvieron.

Imaginar mi vida sin la comunicación (que por cierto no es exclusivamente algo mío, sino de todos los seres humanos), me genera angustia. ¿Qué sentirán todas esas personas que no pueden leer o escribir, que no pueden hablar, y que están rodeados por una cultura que casi hace obligado estar en permanente discusión? Y

más que eso, en un mundo que se ofrece asumiendo que todos pensamos, sentimos, observamos o aprendemos igual. Un mundo que busca homogeneizar, pero hacia donde está la mayoría... uno que no considera como negación a mejores condiciones de vida, el no dotar con herramientas suficientes a estas personas que son distintas "a lo normal".

Así fue, creo, con este pensamiento, que empecé a pensar en vincular mis materias con estrategias que nos permitieran trabajar con Personas con Discapacidad (PcD) y que entendí nuevas formas de explotar aquello que ya sabía con otro enfoque diferente.

Me pasa hoy algo muy bonito. Encuentro que, en un espacio en el que no imaginé que podría estar a esta altura de mi vida, me estoy dedicando a esta rama de la comunicación humana que no contemplaba. Claro que en sí misma, la comunicación como disciplina debería asumirse como algo que se pone precisamente al servicio de los demás (a través de la publicidad, de los medios de comunicación, de las redes sociales), pero no vamos a dejar de reconocer que en estos tiempos hipermediatizados, ese papel se pone muy en discusión, sobre todo con la reproducción de la violencia y la justificación de la trivialidad y la ausencia de pensamiento crítico. Por eso creo firmemente, que es necesario explorar otras aristas y voltear a ver la importancia que la comunicación de la ciencia, la cultura y las personas en situación de segregación por cualquier condición, deben ser fundamentales en el campo formativo de estudiantes que, como yo, optan por este camino.

Creo que mi ofrenda pues, se constituye actualmente con esta transformación que mi carrera ha estado teniendo y con la impronta de buscar equidad y accesibilidad para todas las personas que conformamos la sociedad. Hay un trasfondo en pararme cada mañana a las 7 para decirles a estudiantes de 18 o 19 años que, como diseñadores, comunicadores, arquitectos o psicólogos tienen que encontrar la veta comunicativa que hace que su actividad profesional trascienda y que siempre estará muy por arriba de grandes contratos, trabajos para las mejores marcas, un consultorio de \$800 la hora o cualquier otra finalidad que los haya orillado a estas carreras.

Con mi ofrenda, esa que pongo todos los días frente al grupo en el que estoy, pretendo depositar y regar poco a poco los frijolitos en el vaso con algodón, para hacerlos sentir que tienen un propósito mayor que solo verse bien en las fotos y tener millones de seguidores. Con mi ofrenda, puesta al servicio de aquellos con los que hemos podido trabajar, busco también hacerlos sentir que no están solos, que son parte de una comunidad y que no se trata de resolver de forma asistencialista lo que puedan necesitar, sino de escuchar antes lo que es pertinente, lo que sí desean y cómo lo desean y meter poco a poco en la cabeza de los alumnos, la idea de que no vale un diseño o un proyecto “bonito” si no es funcional y accesible para todo el mundo; no vale una terapia si no se busca realmente la empatía para alcanzar la mente del otro y no vale ningún producto en ningún medio si niega el acceso a la información y a la comunicación de todas las audiencias.

Quizá no haya grandes cambios, quizá sí los haya y a la larga se vean demostrados en las propias dinámicas de mis alumnos una vez que egresen; puede que me toque ver algo de eso o puede que no. Pero también debo aprender a cortar esa expectativa y hacerme responsable únicamente de lo que yo decido ofrecer, de eso que elijo poner al servicio de los demás, porque parte de la ciencia que tiene esta acción, es precisamente la de no esperar nada a cambio. Porque una simplemente se hace cargo de aquello que puede dar, pero en ningún caso puede responsabilizarse de lo que la gente quiere o está dispuesta a recibir o de cómo van a tomarlo. En el camino se aprende a hacerlo mejor, pero creo que es mejor repartir estas semillas para que germine por lo menos una a dejar de intentarlo una, y otra, y otra vez.